







## La tragedia de Belgrado

Las horrorosas escenas ocurridas en el palacio cuya fotografía reproducimos en esta plana, han sido la triste actualidad en todos los países durante los días pasados.

La gran catástrofe, — nunca y por nadie disculpada, pues medios tenían los descontentos para realizar sus ideales sin apelar al crimen — ha ido encaminada más contra la hermosa reina Draga que contra nadie, dando á la figura de la misma un tristísimo relieve.

Según los datos publicados por la prensa, era la reina Draga mujer intrigante, de mediana cultura, y todos sus actos se hallaban inspirados por la más viva ambición.

Cuéntanse de ella numerosas anécdotas, que muestran el influjo que ejercía sobre el ánimo del rey y la total absorción que había hecho de la potestad real en su beneficio.

Recientemente Alejandro, procurando ganar la voluntad del czar para dominar con su apoyo las discordias intestinas de su reino, quiso enviar representantes oficiales á las bodas del Mirko de Montenegro y la Constantinovie. Draga no lo permitió.

La situación económica de Servia era deplorable. La falta de dinero se hacía sentir hasta en la lista civil del rey Alejandro, el cual, haciendo de la necesidad virtud, se decidió á introducir en su presupuesto privado algunas economías. Estudiando algunos capítulos, pensó reducir cierta partida de la asignación de la reina, y con mano no muy segura suprimió 2.000 francos de los 20.000 mensuales que en aquélla se consignaban.

Se suscitó, como era natural, una violenta escena de familia. Acusábase á la reina de avaricia, añadiendo que ella se encontraba en mejores condi-

ciones financieras que el rey, lo cual se comprobaba por los frecuentes envíos de dinero que Draga hacía á bancos extranjeros, sin duda previendo esta revolución, aunque no sospechando que pudiera tener para ella tan trágico desenlace.

Mas he aquí que al poco tiempo, en fecha muy reciente, surge una nueva borrasca. La caja privada del rey estaba completamente vacía y era preciso hacer un pago urgente. Armado de todo su valor, el rey entró en el cuarto de su consorte y solicitó de ella un préstamo. La reina se escandalizó y con palabras vehementísimas acusó á su marido de despilfarro, imprevisión y libertinaje; el rey, que no se esperaba esta acusación, protestó enérgicamente, desafiando á su mujer para que presentara pruebas de sus acusaciones. El diálogo se animó; las injurias menudearon; los insultos no se hicieron esperar; finalmente, la reina, dió una sonora bofetada á Alejandro. Del préstamo no se volvió á hablar.

La política extranjera de Servia era dirigida por la reina, y Draga seguía ciegamente la política austriaca. Draga estaba siempre contra los slavs, aunque era enemiga nata de los tudescos. Y si un día en los Balkanes hubiera surgido un serio conflicto entre Austria y Rusia, y Servia hubiera debido tomar parte, la reina Draga no habría vacilado un instante en la elección.

Su desatentada conducta, la debilidad y el desequilibrio del rey Alejandro y la penosísima situación interior del pueblo de Servia han sido los tres factores de este drama, cuyo resultado conduce á colocar la corona de ese reino sobre las sienes del representante de una vieja dinastía en otro tiempo arrojada del trono.

\*\*\*



# ACONTECIMIENTOS TEATRALES

## Teresa Mariani y su compañía

A l llegar los días floridos de primavera, comienza para los barceloneses la temporada teatral en toda su completa extensión, contribuyendo á ello la llegada de las compañías extranjeras que de tanto partido gozan en nuestra capital.

Entre estas compañías figura, y quizás á la cabeza de todas, la que dirige el gran actor Paladini, y de la que es alma y vida la hermosa é inspirada artista Teresa Mariani, una de las figuras más grandes del arte escénico contemporáneo.

La fama de la gran artista es tan grande y se halla tan consolidada, que no es necesario que nuevos elogios vengan á propalarla. Quien haya visto una sola vez á Teresa Mariani, habrá comprendido su inmenso talento y no es preciso insistir sobre él. Y si á eso viene obligado quien, como decimos, la haya una vez visto, la admiración habrá de convertirse en devoción en quien la haya podido ver desplegar sus facultades en obras de tan opuesta índole como *Madame Sans Gene*, *Zazá*, *La Passerelle* ó *Felice*?

Parece imposible que dentro de aquel cuerpo delicado y primoroso puedan residir tantos personajes y tan variados, con todo el acompañamiento de sentimientos encontrados, actitudes diversas, manifestaciones distintas y expresiones diferentes.

Además, la insigne italiana, como empresaria, tiene el acierto, poco habitual en los artistas de su talla, de no querer ir sola, como estrella errante, por esas *tournées* que tan provechosas le son, y comprendiendo que su labor adquirirá realce secundada por buenos artistas, utiliza el talento de otros artis-

tas que, como Zampieri y Paladini, tantas veces le tienen demostrado y tantos éxitos le ha valido.

La presentación en escena de la compañía de la Mariani, constituye siempre un acontecimiento, y

bueno prueba de ello dan las listas de abono que al punto se llenan con los nombres de las personalidades más salientes de la capital, constituyendo de continuo, el teatro donde tan notable compañía trabaja, el centro de reunión y cita de la mejor sociedad que ha llegado á identificarse con ella hasta el punto de que aquí, donde todo pasa y se olvida al minuto, se la guarda imborrable un cariñoso recuerdo, al que nos consta que ella corresponde, como lo prueba la frecuencia con que nos visita.

De tal modo nos hemos acostumbrado á ella, que consideramos su estancia entre nosotros tan indispensable como la de las golondrinas al comienzo de la estación florida.

Golondrinas del arte son estas compañías, y lo mismo que las que alegran la vista y el oído viniendo de las regiones cálidas donde las llevaron las

primeras ráfagas de los vientos otoñales, ellas alegran los espíritus proporcionándoles alimento sabroso y delicado, tanto más de apreciar, cuanto que de ordinario hemos de conformarnos con los indigestos que nos sirven frecuentemente, durante el invierno, autores sin conciencia y empresas sin aprensión.

Bien venidos, pues, sean los artistas que, como Teresa Mariani, nos sirven en bandeja de plata primorosamente cincelada, los manjares más succulentos de los ingenios literarios de más fama.



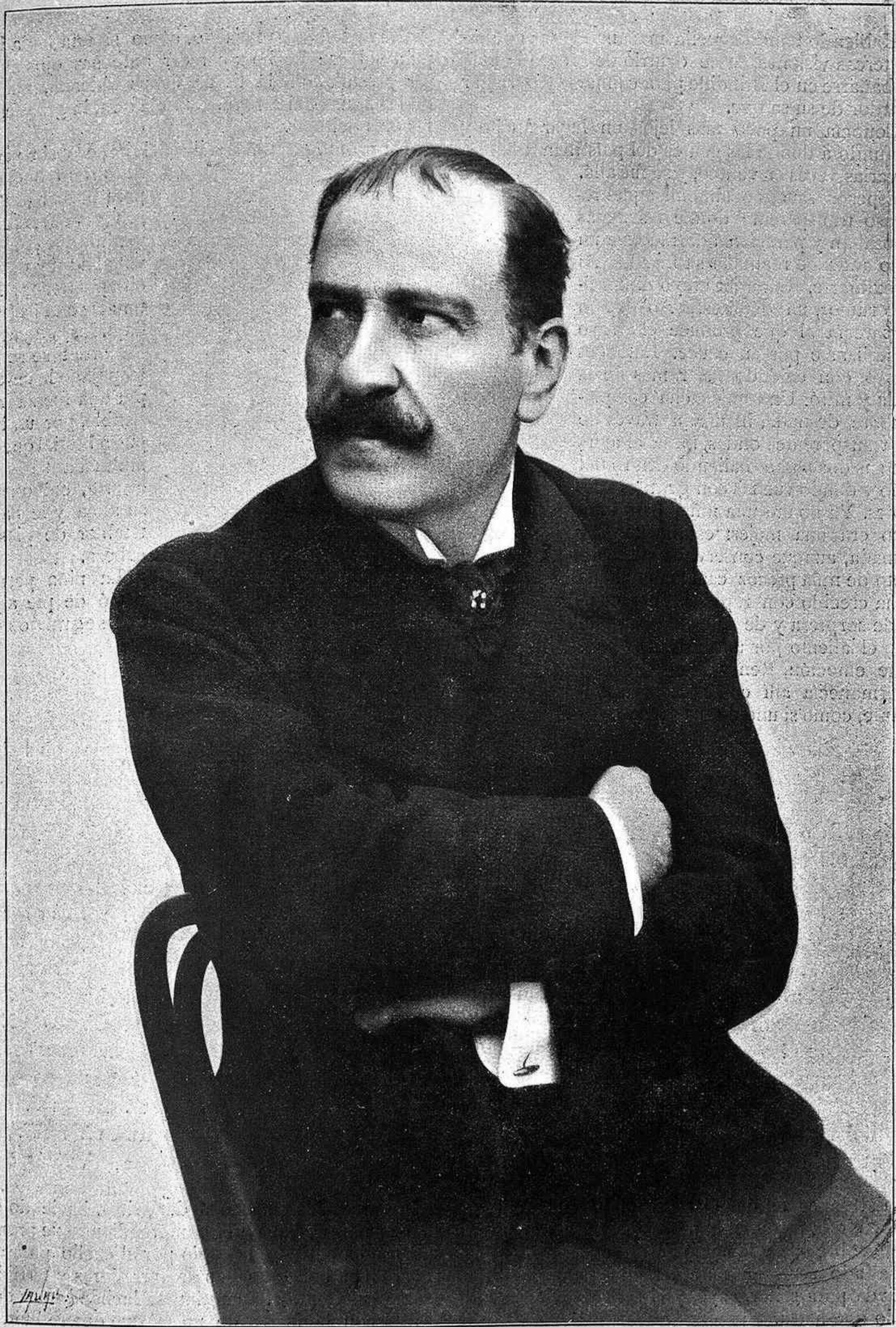
SIG. ZAMPIERI, NOTABLE ACTOR





TERESA MARIANI, EMINENTE ACTRIZ ITALIANA.





SEÑOR PALADINI, DIRECTOR DE LA COMPAÑIA MARIANI



# La Roquecita

Novelita corta por Guy de Maupassant

(Continuación)

Habiendo tenido aquella mañana algunas de estas tercas visiones, se le ocurrió de pronto la idea de bañarse en el Brindille para calmarse y refrescar el ardor de su sangre.

Conocía un poco más lejos un lugar ancho y profundo á donde las gentes del país iban á bañarse varias veces en verano, y se fué allá.

Espesos sauces ocultaban aquel remanso transparente donde las aguas reposaban y parecían adormecerse un poco antes de reanudar su marcha. Al aproximarse, Renordet creyó oír un ligero rumor, un débil esfuerzo que no se parecía al que produce el arroyo al deslizarse por su cauce. Entonces separó con cuidado las ramas de la orilla y miró. Una muchacha completamente desnuda, blanca á través de las transparentes ondas, batía el agua con sus dos manos bailando dentro del baño y dando vueltas con gentiles ademanes. Ya no era una niña, pero tampoco era una mujer; estaba gorda y formada, aunque conservaba cierto aspecto de niña precoz, casi madura, que había crecido con rapidez. Sobrecogido de sorpresa y de angustia, suspendido el aliento por una extraña y punzante emoción, Renordet no se movía y permanecía allí con el corazón palpitante, como si uno de sus sueños sen-

suales se hubiese realizado, como si una hada impura hubiese hecho aparecer ante sus ojos aquel ser juvenil, aquella tierna Venus aldeana, nacida de las aguas del arroyo, como la otra, la grande, de las olas del mar.

De pronto la niña salió del baño, y sin verle, se dirigió hacia él para buscar sus ropas y vestirse. A medida que se aproximaba muy despacito por temor á lastimarse con los puntiagudos guijarros, Renordet se sentía empujado hacia ella por una fuerza irresistible, por un impulso bestial que tumultuaba toda su carne, enloquecía su alma y le hacía temblar de pies á cabeza.

La niña permaneció de pie algunos segundos de



trás del sauce en que él se ocultaba, y entonces, perdiendo la razón, el hombre abrió las ramas, se arrojó sobre ella y la cogió entre sus brazos. Ella, demasiado asustada para resistir y demasiado espantada para gritar, cayó, y él gozó de ella sin saber lo que hacía.

Despertó de su crimen como el que despierta de una pesadilla. La niña empezaba á llorar.

—Cállate, cállate. Te daré dinero.—

Pero la muchacha no hacía caso y seguía sollozando.

—Calla, calla—repetía.

Entonces ella empezó á dar gritos, haciendo esfuerzos para escapar, y él, comprendiendo de pronto que estaba perdido, la cogió por el cuello para detener en su boca aquellos desgarradores y terribles clamores. Como ella continuase luchando por desasirse, con la fuerza de un ser que quiere huir de la muerte, él cerró sus manos de coloso, apretó la garganta preñada de gritos y la estranguló en pocos instantes, sin querer matarla y llevado del único deseo de hacerla callar.

Se levantó horrorizado.

La niña yacía ante él con la faz amoratada, é



iba ya Renordet á escapar, cuando despertó en su trastornado espíritu el instinto misterioso y confuso que guía á todos los seres en el peligro.

Tuvo tentación de arrojar el cuerpo al agua; pero otra intención le condujo hacia las ropas de la muerta, con las que hizo un pequeño lío, atándolas con un bramante que llevaba en el bolsillo y escondiéndolo todo en un profundo agujero del arroyo, junto un tronco de árbol cuyo pie se bañaba en el Brindille.

Después echó á andar á toda prisa, llegó hasta las praderas, dió un inmenso rodeo para que le viesen los aldeanos que vivían lejos de allí, al otro lado del pueblo, y llegó á cenar á su casa á la hora ordinaria, contando á sus criados el trayecto que había recorrido en su paseo.

No obstante esto, durmió aquella noche, pero con ese pesado sueño de bruto con que deben dormir á veces los condenados á muerte, y no abrió los ojos hasta que empezó á amanecer. Esperó luego, despierto y torturado por el temor de que se descubriese el crimen, su hora ordinaria de levantarse.

Tuvo que asistir luego á todas las indagaciones, lo que hizo como un sonámbulo, en medio de una alucinación que le hacía ver los hombres y las cosas á través de una especie de delirio, de una nube de embriaguez; bajo el peso de esa duda de irrealidad que turba el ánimo en el momento de las grandes catástrofes.

Sólo el grito desgarrador de la Roque le partió el corazón. En aquel momento estuvo á punto de arrojarse á los pies de la anciana gritando: «He sido yo». Pero se contuvo y se contentó con ir por la noche á sacar los zapatos de la muerta para colocarlos en el umbral de la puerta de la pobre madre.

Mientras duró el sumario, mientras tuvo que guiar y extraviar á la justicia, fué dueño de sí y estuvo tranquilo, astuto y sonriente, discutiendo tranquilamente con los magistrados todas las hipótesis que se le ocurrían, combatiendo sus opiniones y destruyendo sus razonamientos. Hasta experimentaba un placer acre y doloroso en turbar sus indagaciones, en embrollar sus ideas y en poner de manifiesto la inocencia de aquellos mismos de quienes él había hecho sospechar.

Pero á partir del día en que cesaron las indagaciones judiciales, estaba cada vez más nervioso y más excitable, aunque procuraba reprimirse. Los ruidos repentinos le hacían sobresaltarse, temblaba por la menor cosa y se estremecía de pies á cabeza cuando una mosca se posaba en su frente. Entonces se apoderó de él una imperiosa necesidad de movimiento que le obligaba á dar carreras peligrosas y á permanecer noches enteras paseándose por su cuarto.

No era que él se viese acosado por los remordimientos, pues su naturaleza brutal no se prestaba á ningún matiz de sentimiento ó de temor moral. Hombre de energía y hasta violento, nacido para hacer la guerra, devastar los países conquistados y degollar á los vencidos, dotado de instintos salvajes de cazador y de guerrillero, tenía en muy poca la vida humana. Aunque respetaba la Iglesia por política, no creía en Dios ni en el diablo, no esperando, por consiguiente, en otra vida ni castigo ni recompensa de sus actos en ésta. Tenía por toda creencia una vaga filosofía sacada de todas las ideas de los enciclopedistas del siglo pasado; consideraba la Religión como una sanción moral de la Ley y creía que habían sido inventadas una y otra

por los hombres para ajustar á una regla la vida social. Matar á alguien en duelo, ó en la guerra, ó en riña, ó por accidente, ó por venganza, ó hasta por fanfarronería, le hubiese parecido una cosa divertida y arrogante, y no hubiese dejado más huellas en su memoria que un tiro descerrajado á una liebre; pero había experimentado una emoción profunda por el asesinato de aquella niña, pues lo había cometido en medio de la locura de una embriaguez irresistible, en medio de una tempestad sensual que le privó de la razón, y había conservado en su corazón, en su carne, en sus labios y hasta en sus dedos de asesino una especie de amor bestial, al mismo tiempo que un horror espantoso por aquella muchacha sorprendida y muerta cobardemente. Continuamente su pensamiento le representaba la escena horrible; y por mucho que se esforzaba en alejar aquella imagen, aunque se la quitaba de delante con terror, la sentía vagar por su espíritu, dar vueltas alrededor de él, esperando sin cesar el momento de reaparecer.

Entonces tuvo miedo de las noches, miedo de la sombra que le rodeaba. No sabía aún por qué las tinieblas le parecían horribles; pero las temía por instinto, las veía llenas de terrores. El día claro no se presta á los espantos, se ven distintamente las cosas y los seres, y por eso no se encuentra en ellos sino las cosas y los seres naturales que pueden mostrarse á la luz. Pero la noche, la noche opaca, espesa como una muralla vacía; la noche infinita, tan negra, tan larga, en que puede uno rozarse con cosas que infunden espanto, la noche en que uno siente horror y dar vueltas al terror misterioso, le parecía ocultar un peligro desconocido, próximo y amenazador. ¿Cuál?

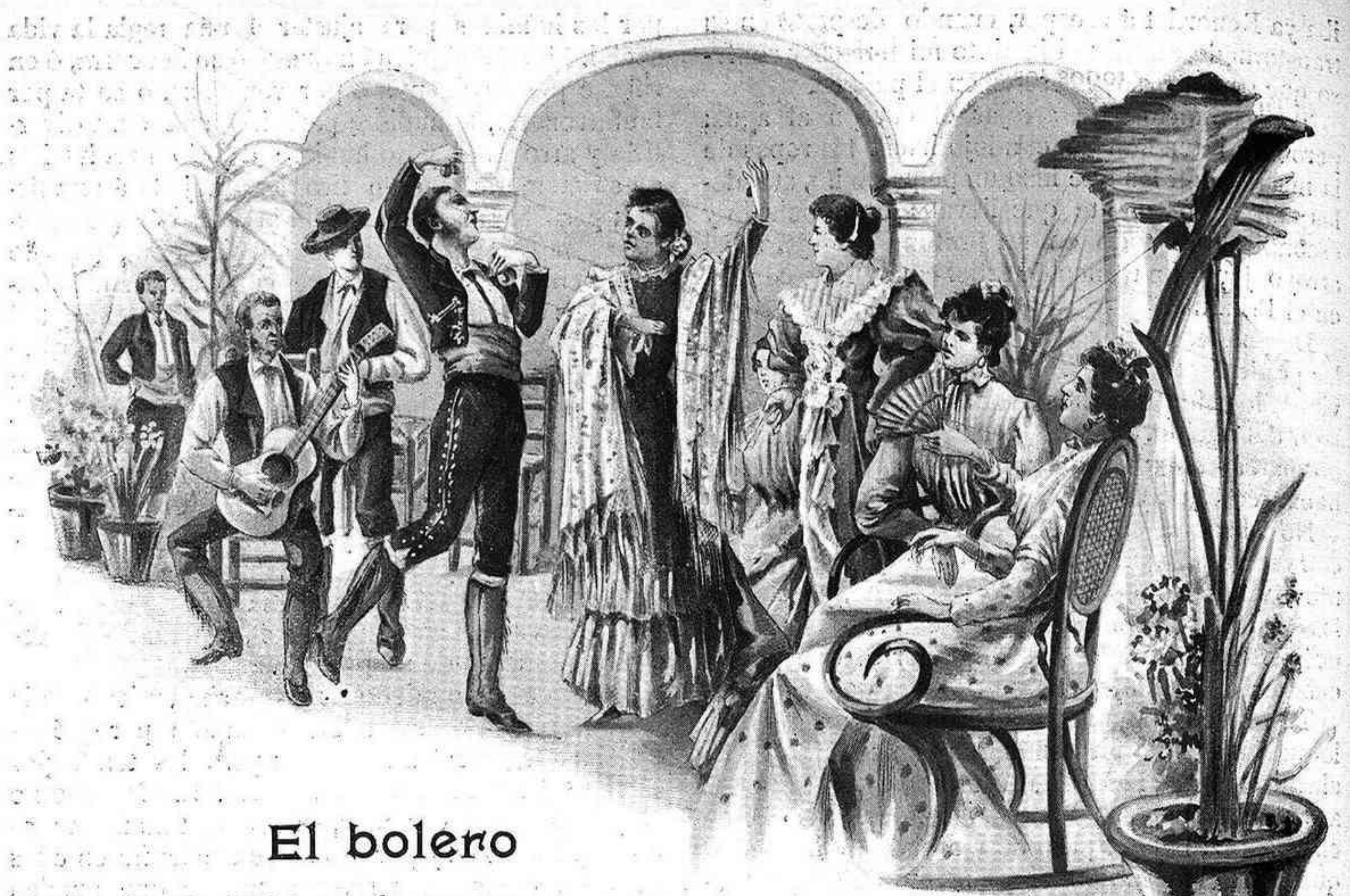
Bien pronto lo supo. Como permaneciese en su sofá hasta bastante tarde una noche en que no podía dormir, creyó ver que se movía la cortina de su ventana. Escuchó inquieto y con el corazón palpitante, pero la cortina dejó de moverse. De pronto la cortina se agitó de nuevo, ó al menos pensó él que se movía. No se atrevió á levantarse ni á respirar, y sin embargo, era valiente, se había batido con frecuencia y hubiese deseado encontrar ladrones dentro de su casa.

¿Se movía de veras aquella cortina? Así se lo preguntaba él, temiendo que sus ojos le engañasen. Por otra parte, era muy poca cosa: un ligero temblor de la tela, una especie de ondulación como la que produce el viento. Renordet permanecía con los ojos fijos y el pescuezo estirado, y se levantó bruscamente avergonzado de su miedo; dió cuatro pasos, cogió la cortina con las dos manos y la descorrió. Al principio no vió más que los cristales negros, como manchas de tinta reluciente. La noche, la noche tremenda é impenetrable se extendía detrás hasta el invisible horizonte. Renordet permanecía de pie ante aquella sombra ilimitada, cuando de pronto vió una luz, una luz movible que parecía lejana. Entonces acercó su rostro á los cristales pensando que algún pescador de cangrejos pescaba en el Brindille, pues eran ya más de las doce, y aquella luz se veía á orillas del río, en el oquedal. Como no viese aún nada, Renordet se cubrió los ojos con las manos, y de pronto aquel resplandor se convirtió en realidad y vió á la Roquecita desnuda y sangrienta, tendida sobre el musgo.

(Se continuará.)

(Ilustraciones de Pujol Hermann.)





## El bolero

EL señorito se había casado con una *franchuta* de *Paris de Francia*.

Quiso visitar sus fincas de la *Loma*, y, después de unos días en Madrid, avisó al *encargado*, arregló éste el coche viejo de la Condesa, *que en paz descansase*, y poniendo por tiro de lanza un par de mulas de labor, se fué á esperar á los viajeros al tren. Y el señorito llegó aquella tarde, al ponerse el sol, al cortijo grande, y á todos dió abrazos, y á la abuela la dió un beso y á los jóvenes les dijo *que no le hablaran de usted*, porque habían jugado juntos de niños y juegos de la infancia dan amistad para toda la vida. La señorita saludó, pero no la entendieron porque hablaba en *gringo*.

El casero, su mujer, la *agüela*, las hijas *casás* y sus maridos; el mozo del riego; el hortelano, su *nena* y su *chiquito*; los muleros y los bateros de los cortijos próximos; la santera de la ruinosa ermita cercana, y los mozos que del pueblo habían llegado con viandas, se unieron para festejar al amo. Cenó éste con verdadero gusto, unas *tajás de lomo* con dos *güevos* fritos; mientras su consorte mojaba en una copa de Jerez media docena de pastas *biscuit*. La *agüela*, que miraba desde la puerta, preguntábale al *encargado*:

—Y digasté, *Fosico Marta*, ¿qué *chocolate* es ese que toma *nostrama*?—

Terminó la cena, y en la *sala baja*, donde había muchas sillas de asiento de *soga*, apegadas á las paredes, fueron entrando mujeres y hombres. Los viejos decían: ¡*Ave Marta!* y los jóvenes exclamaban: ¡*Dios guardastés!*

—Sentarse, sentarse todos...

—Con *zu licencia* —dijo el coro de campesinos.

—Ahora... á bailar. ¿Hay tocador?

—*Precente*.—

Y, mostrando una guitarra vieja, digna de un vulgar trovador morisco, se levantó un hombre.

—Bueno, bueno—dijo el señorito.—Vais á bailar el bolero; y perdono á la abuela que no baile *El Tío Cotillas* ni el *Zorongó*. ¿Se acuerda usted, abuela, cuando para entretenerme, salsa usted bailando aquello de:

El tío Cotillas za muerto  
ya lo llevan á enterrar?

—*Ci*, hijo de mi *arma* —dijo la *agüela*, medio llorosa.

El señorito la acarició y prosiguió así:

—Esta noche os va á dirigir el baile mi casero *Antoñico*. Conque venga ese bolero.—

La señorita preguntó algo, al oído, á su esposo. Contestó éste, y ella, entonces, en voz alta, exclamó:

—¡*Oui, oui!* ¡*Fe compred!* ¡*Le bolegró!*—

Dos mozos, robustos como troncos de encina, invitaron á dos *mocicas como dos zoles*, diciéndolas:

—¿*Harosté la güena bondá?*—

Y las *mocicas como dos zoles*, contestaron:

—*Cí, señor*.—

El *tocaor*, después de templar la guitarra, de apretar las clavijas, de arrancar lastimeros quejidos al instrumento de la música indolente, logró que el



sonido de la *segunda* y la *tercera* y los graves acentos de los *bordones*, se pusieran de acuerdo con la *prima*. Terminado esto, *marcó en las rayas* con la mano izquierda, y con las uñas y las yemas de los dedos de la derecha *punteó* un bolero; un bolero sencillo que llegaba al alma: ¡un bolero de mi tierra!

El casero, que empezaba á ser un viejo simpático y dicharachero, y que por ende era *leto* y *escribto*, comenzó á hacer sonoros *periquetes* con los dedos, marcando *el compás del dos por uno*, que la música había de seguir.

Cuando la guitarra sonó, el casero, sin dejar de hacer los *periquetes*, decía así:

—U... una, dos y... tres. U... una, dos y... tres. U... una, dos y... —

Al llegar al tercer *tres*, lo cortó para decir rápidamente:

—¡Ahorá!—

Y las dos parejas, echando primero el pie derecho, empezaron el baile. El tronco del cuerpo rígido; las piernas moviéndose sin grandes violencias; los brazos abiertos, como si fueran reos de Judea descolgados de una cruz; las manos trazando círculos y los dedos imitando ruidos de castañuelas; los cambios con un ligero movimiento de cintura y una inclinación de cabeza á la izquierda del cuello; las *figuras* á tiempo y las vueltas vertiginosas, rápidas, sugestivas.

En cada una de las cuatro partes en que el bolero se divide, aumentaba la fiebre del baile, y producía una extraña sacudida nerviosa el instante aquel en que, obedeciendo unos y otros á matemática precisión, ellas sacaban el pie derecho, calzado de *cordobán*, y ellos adelantaban el pie derecho, vestido de *albarca*; y todos á un tiempo hacían la *planta*, en el instante mismo en que el *tocaor*, dando la última nota de la *parte*, abría la mano y, abierta, apretaba con ella las cuerdas de la guitarra, para apagar, con violencia, sus vibraciones sonoras.

Acabó el baile.

El casero dijo:

—*Güenos habéis estao, ¡pero güenos!*—

El *señorito* se secó los ojos, porque recordó alegrías de la niñez y dulces horas de ventura, pasadas en presencia de su madre, la Condesa, que en *paz* descansase.

La *señorita*, la *franchuta*, estaba deliciosa. Sus ojos despedían luces, como las de los brillantes de la sortija del *señorito*; su boca sonreía con una sonrisa que no era la de las *dulzonas* campesinas de mi tierra. No pudo contener su entusiasmo. Se levantó del asiento, y dirigiéndose á un mocetón robusto como un tronco de encina, le dijo:

—*¿Allons nous danser?*—

El muchacho volvió la cabeza y le preguntó al hortelano, que á su lado estaba:

—*¿Ca dicho?*

—Yo *croque te quie* llevar á *París* de *Francia*.

Y el mocetón, robusto como una encina, se puso *más encarnado que un tomate...*

ALFREDO CAZABÁN

(Ilustración de Cabanellas.)

### UNA BATURRADA, por GASCÓN



—¿Qué hace el señorito?

—Entretenido sacando la charada.

—Y diga usted; ¿qué hay que *avriguar* pa tener sacada la charada?

—Ves que dice aquí: «Solución: Tarugo».

—Sí, señor.

—Pues hay que saber lo que dirá aquí mañana. Dirá «Pelota».



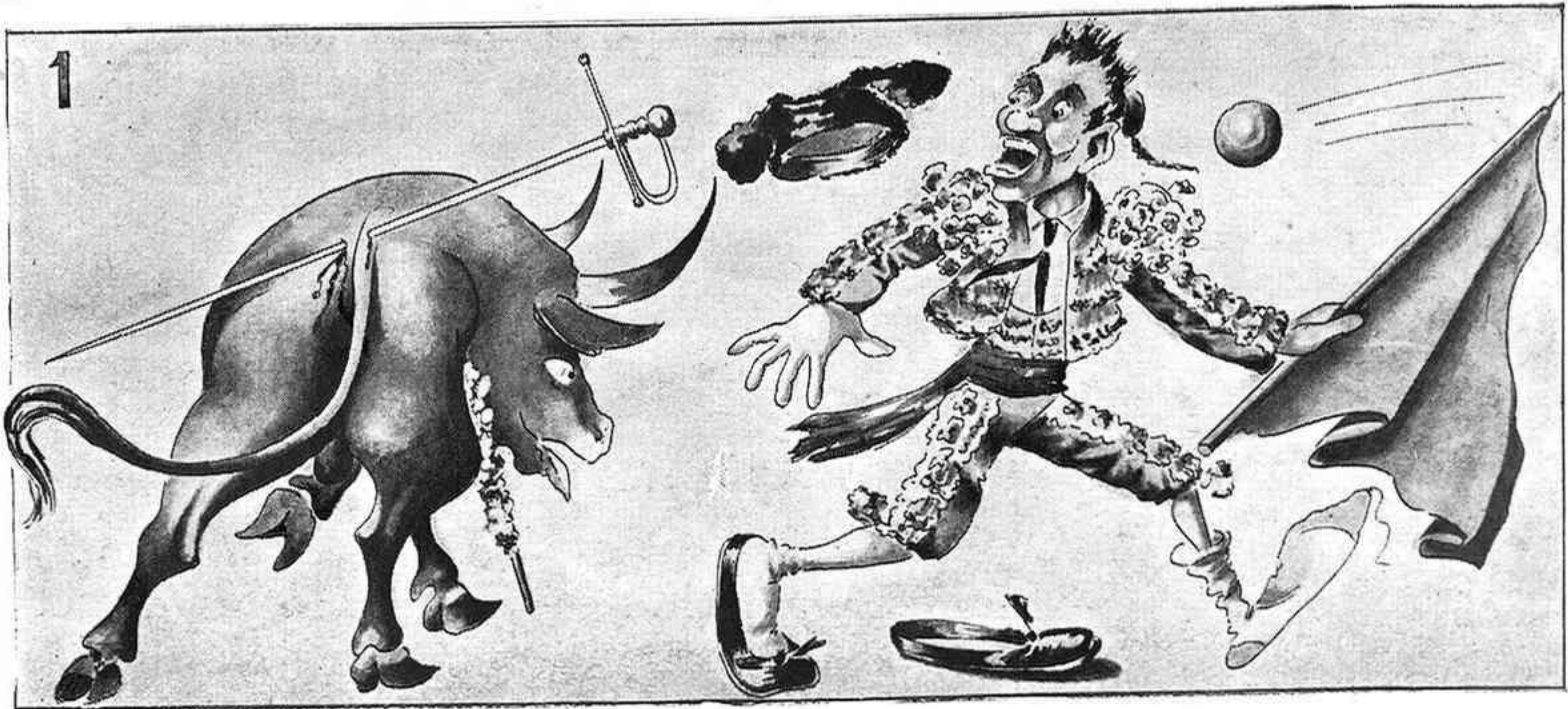
—¡Rediós! «Pelota» ¡sin faltale una letra!





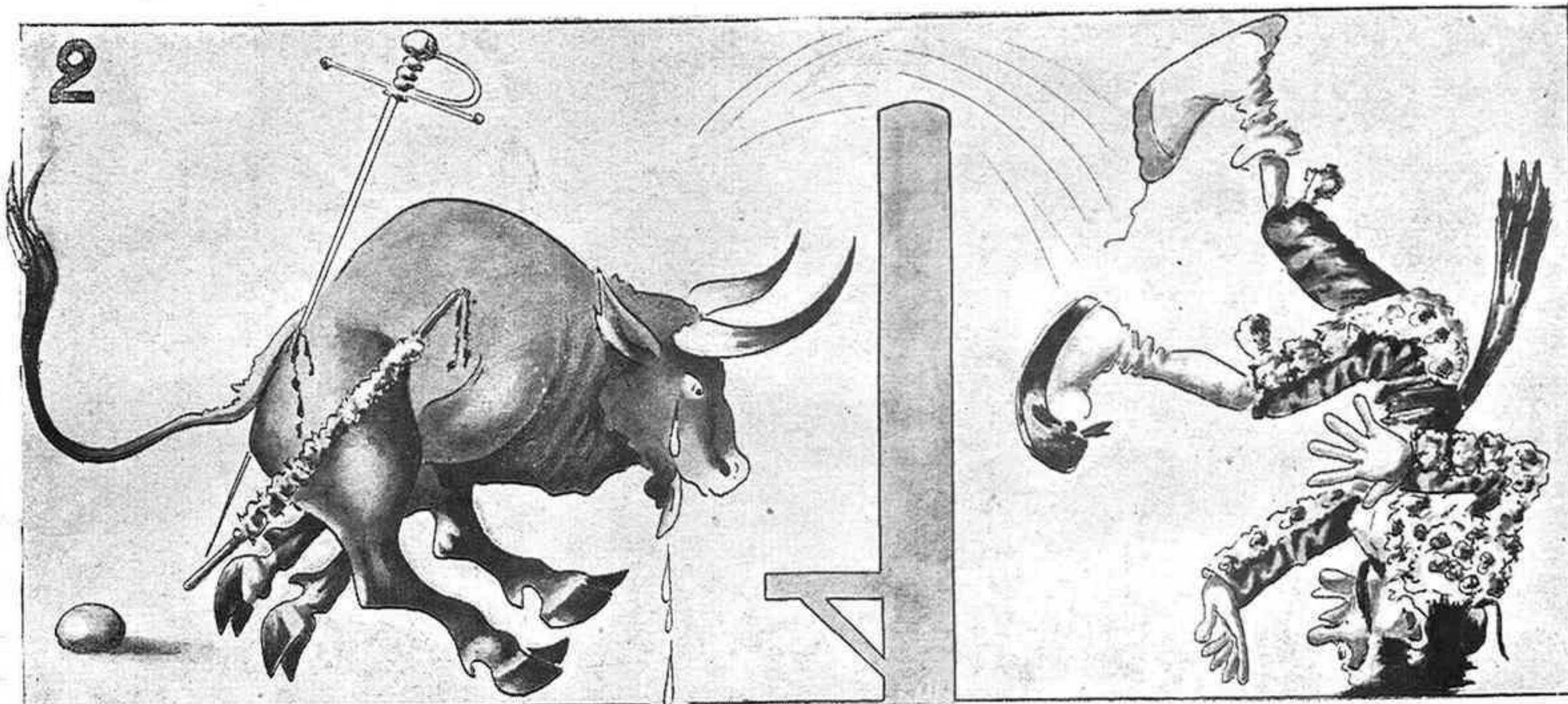
DULCE Y SABROSA





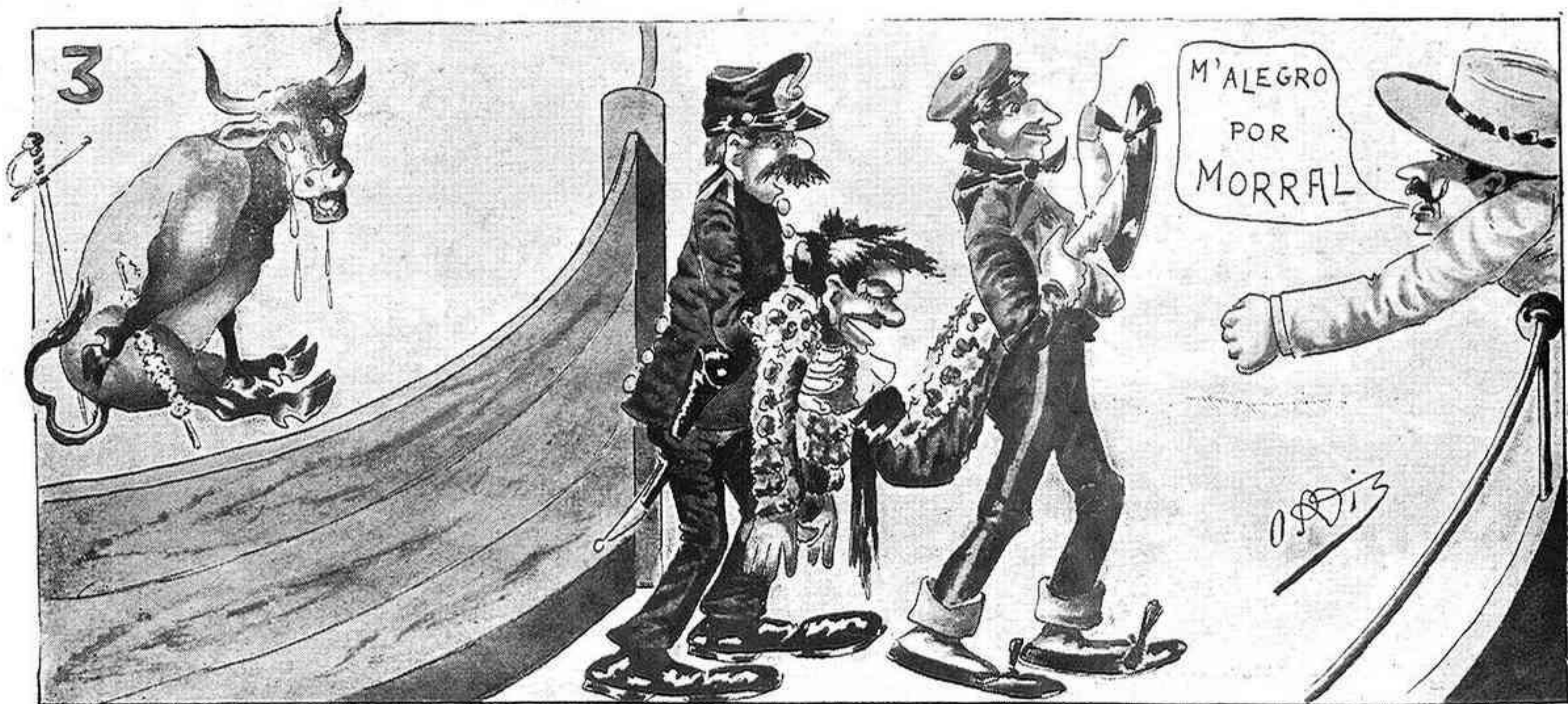
Si quieres ser torero de valía,  
y colocarte en sitio de primera...

ten gran serenidad ante la fiera  
y arráncate á matar con maestría.



Si deseas ganarte simpatía;  
que por valiente una mujer te quiera,

procura saltar poco la barrera  
y si saltas, lo harás con gallardía.



Siempre que puedas huirás del hule  
que es de mal gusto y es muy conveniente  
que el hombre sus tendencias disimule.

Serás así aplaudido por doquiera  
llegando á personaje omnipotente.  
No seas burro y acepta esa carrera



# Los poemas de Núñez de Arce

(Conclusión)

III

¡SURSUM CORDA!

**I**LUMINANDO la serena ruta  
por donde el paso del creyente avanza,  
la antorcha de la idílica esperanza  
sostiene un alma que el dolor enluta.

Mas ni el dolor, cuyo puñal inmuta,  
la fe del justo á confundir alcanza,  
porque profunda y triunfadora, lanza  
más luz que un rayo en tenebrosa gruta.

Por fin al templo de gloria llega,  
y besando en el pórtico la llave,  
arrodillada, en la oración se anega...

Y entre espirales de oloroso incienso,  
del templo santo en la anchurosa nave,  
yérguese el alma como lirio inmenso.

IV

ULTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON.

**N**OTAS amargas y á la par vibrantes,  
hizo entonar al genio de Inglaterra  
el bardo insigne de la hispana tierra,  
en el idioma en que brilló Cervantes.

Cual primoroso estuche de brillantes,  
los pensamientos que el poema encierra

honran á Byron cuando fué á la guerra  
y hubo cantado sus amores antes.

Byron en Grecia, la famosa y brava,  
contra los turcos batalló, conforme  
no quiso nunca que gimiera esclava:

¡Divino rasgo y generoso impulso  
de un alma hundida por quebranto enorme  
y por el goce de vivir insulso!

V

LA PESCA.

**S**IN ver que ruge el huracán salvaje,  
cruza Miguel, intrépido y ufano,  
en su barquilla el férvido Oceano,  
cuyo seno solloza de coraje.

Su mujer, en la orilla, el oleaje  
ansiosa mira, y el herido anciano  
ve, por su culpa, otro pesar humano  
y otra vida que hará su último viaje.

Idéntico dolor sufren ahora  
el viejo por su niña, ausente prenda,  
y la infeliz que por su esposo llora.

—Cantor, de tu poema ese argumento,  
hace que el alma herida te comprenda,  
temblando al sondear tu sentimiento.

DIUVALDO SALOM

## Corpus

**D**ESFILA la procesión por las calles oscuras  
como cinta luminosa. Las hachas alumbran  
los trajes de gala de militares y sacerdotes; fulgura  
el oro de galones y bordados, se destacan con fuer-  
za los colores vivos de uniformes y hábitos; pasan  
los viejos estandartes recamados de oro. Pasan los  
curas mascullando palabras latinas, cantando con  
ritmo aburrido y monótono. Y fulgurante de luz,  
cegando las miradas con brillo, haciendo centellear  
la pedrería que enriquece el metal, bajo el palio de  
seda recia que la luz tornasola, pasa la custodia  
donde se encierra el Cuerpo de Cristo por el mila-  
gro perenne de la transustanciación. Aparece luego  
una carroza de pesadas formas, tirada por ocho  
caballos con jaeces carmesíes; y sigue una escolta  
de caballería que, más que guardia de honor al  
Cuerpo del que murió para redimir á los hombres,  
parece piquete de seguridad para la custodia de  
oro. Doblan las campanas, truena el cañón, los sol-  
dados rinden armas; cae una lluvia de retama y  
flores sobre el palio; alumbran con fuegos de apo-  
teosis las bengalas.

Cincuenta, cien mil personas contemplan el paso  
de la procesión; en las caras embobadas se advierte

una expresión de respetuoso asombro; parece como  
que les cautive y atemorice á un tiempo el espec-  
táculo que se desarrolla ante sus ojos. Los ojos de  
las muchachas y de los niños relucen tanto como las  
hachas y los cirios: brilla en ellos el fuego de la  
vida más poderoso y deslumbrador que la llama  
material que derrama claridad sobre los cuerpos.

\*\*\*

La naturaleza celebra con mayor pompa aún que  
la religión la fiesta periódica de la primavera que va  
á transformarse en verano.

Más rico que el oro de la custodia, de los unifor-  
mes y de las vestiduras sacerdotales, es el que en-  
vuelve en un manto de incomparable hermosura  
todos los campos que sólo esperan la hoz que ha de  
convertir en riqueza el amarillo trigo. Más colores  
que la pedrería que centellea en la custodia tienen  
las flores que esmaltan los campos; aroma más  
agradable y penetrante que el incienso desprenden  
de sus frescas corolas las rosas y claveles. En la  
bóveda inmensa arde el sol de Junio; cantan los



pájaros y las cigarras, cantan un himno más armonioso y sentido que las músicas que preceden, acompañan y siguen á la procesión; los árboles de los bosques, lavados por reciente lluvia, yerguen sus oscuras soberbias copas; corre alegre hacia el llano por el cauce de mil arroyos el agua que fué nieve, librada por los rayos solares de una quietud que no apetece, y por el fondo del valle se espacia en meandros de incomparable belleza el gran río, tumbada agitada de los arroyos humildes; paca el ganado perezosamente; trazan círculos y curvas cortadas por rectas las golondrinas, y á lo lejos, más grandioso que las montañas y los valles, más bello que las flores y los árboles, tan ancho como la bóveda azul que se retrata en su extensión desmedida, inmenso, fuerte, eterno como la muerte, sin cesar agitado, fulgura el mar, fuente de toda vida.

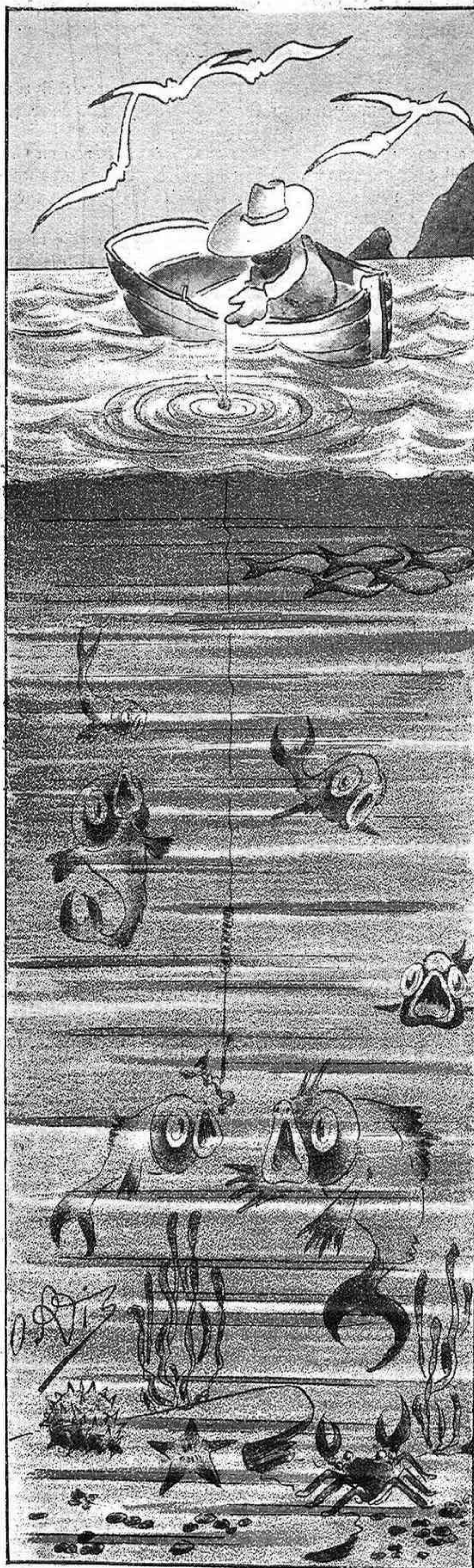
\* \*

—¿Adónde vas, miserable? ¿Ignoras acaso que hoy celebra la Iglesia una de sus mayores solemnidades? ¿Cómo llevas el cuerpo cubierto de harapos?

—Es que los otros se han quedado para sí todas las galas.

—¿No has visto tampoco que la naturaleza

CAPRICHOS SUBMARINOS, por ORTIZ



—No tragues ese anzuelo porque te engañará un perdido pescador. Créeme á mi, que soy viudo quince veces.

entera celebra su restitución?

—¿Qué necesidad tengo de fijarme en ello? El trigo que amarillea en los campos no ha de llenar mis trojes; las flores que perfuman el aire no han de embalsamar mi zahurda; los árboles no me han de dar su madera; el agua que corre deshelada no fecundará mis campos; el sabor amargo del agua del mar no lo es tanto como mis lágrimas.

—Piensa que Cristo entregó á todos los hombres su cuerpo y su sangre; que á todos quiso redimirnos por igual.

—Sí, querría; pero otros hombres se han apoderado de la parte que á mis hermanos de miseria y á mí nos correspondía. Todo nos lo han quitado, hasta la esperanza. La redención no se ha cumplido para nosotros. El *Corpus* es para los mismos que recogen el trigo, respiran el perfume de las flores, aprovechan la madera de los árboles, el agua de los arroyos y con nuestros cuerpos de esclavos ponen diques al mar, vallas á los campos, trabas al pensamiento. ¡Valiente *Corpus* y valiente resurrección! ¡Déjame con mis harapos; deja que vuelva al trabajo inacabable y estéril que mis hermanos y yo hemos de cumplir por los siglos de los siglos!

A. RIERA



# LOS ARTISTAS EN LA INTIMIDAD

José Ontiveros

EN la calle de Alcalá, en medio del paseo de los de Gómez, encontré la otra tarde á Pepe Ontiveros. Venía del ensayo, solo, con su capatorera, sus quevedos en la nariz y su colilla en la boca. Le pedí algunas impresiones de su vida.

—Eso es largo de contar; te las enviaré en unas cuartillas—me dijo.

Y hoy, como hombre serio, al par que buen cómico, el primer actor del teatro de Apolo, el graciosísimo Ontiveros, me las remite. Son éstas. De la pluma del mismo artista leerá el lector algo interesante de la vida del cómico conocido.

«¡Ay, amigo. Carretero! ¡En cuánto te quedaría agradecido porque estas intimidades se hubieran publicado hace un par de años!

Me explicaré. En el día de hoy mi conducta es un poco reprobable, y como no me gusta enumerar mis vicios, corro un velo sobre mi presente, y cuando esté arrepentido de tenerlos (que está en lo posible), me vuelves á interrogar y verás qué *enciclopedia*.

Te referiré algún episodio que no sea muy *latoso* y de los que no perjudiquen á tercero.

Seré breve. Primer sueldo, o'15. Músico, banda Cádiz. Primer papel, sargento en *Cádiz*, en Cádiz. Primer aplauso, primer papel. Motivos, hacer mutis dando culatazos y patadas verdad, al antipático don Cleto, interpretado por el simpático director don Tomás Cabas, que me reprendió por exceso realismo. Primer pateo: en Moncada. Motivos: Faltar, en estación Barcelona, tenor. Yo cubrir su figura en *Luz y sombra*, vistiendo de encarnado y amarillo. Grandes espuelas, grandes bigotes, gran perilla, gran espada, ¡¡gran pateo!!

No fui preso, pero en cambio, no hubo albergue

y ni el techo de la guardarropía quisieron que nos cubriera, quedando toda la compañía aquella noche durmiendo en el jardín sobre unos bancos que nos prestaron mirando que había señoras. ¡Viva el rumbo

y los buenos corazones! Pequé con el pensamiento de homicida, incendiario, etc. Contúvome presencia hermana Estrella, soltera aún. Mi pierna sirvióle almohada á la tiple de la compañía. Dios me la conserve muchos años.

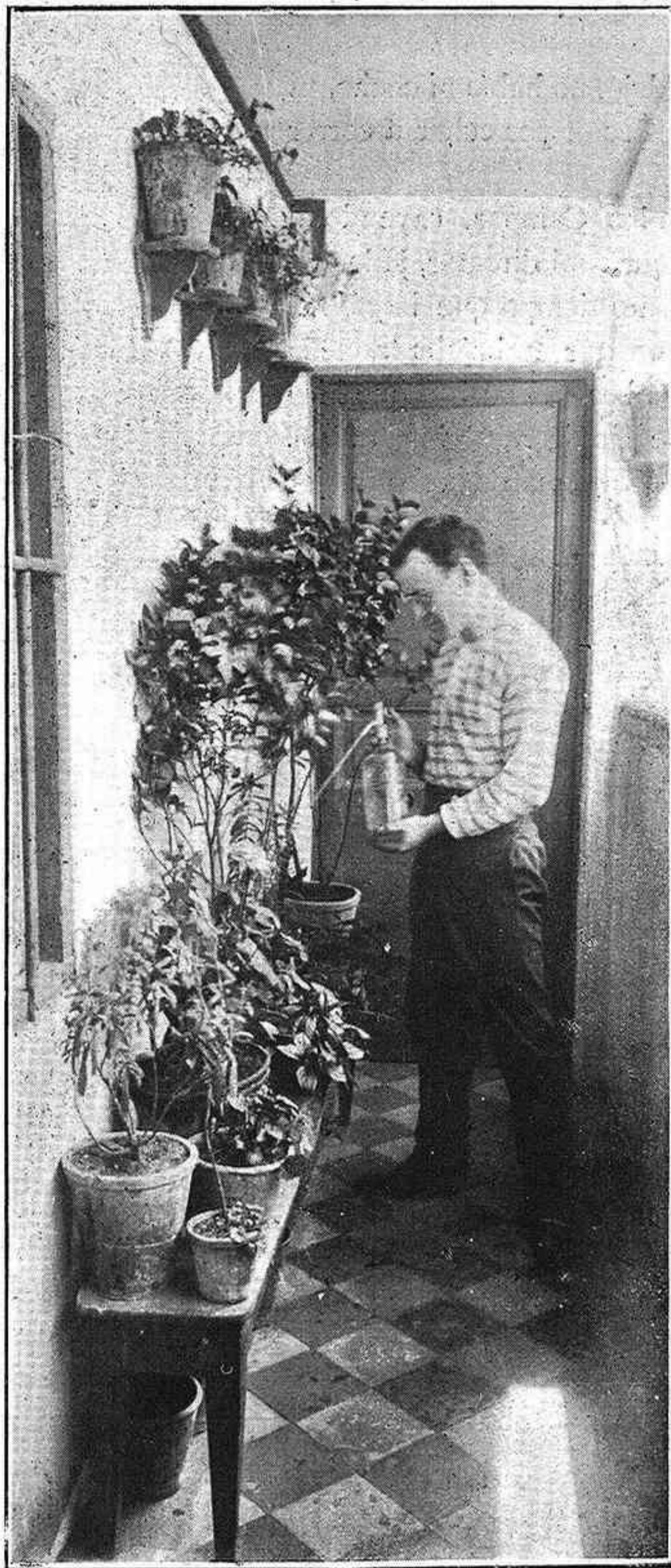
Otro episodio en Cataluña. La misma compañía fué contratada para hacer dos funciones en Sabadell, una en sábado y la otra en domingo por la tarde. Gustó mucho el personal, y acordaron que en vez de que fuera una compañía de ópera que tenían apalabrada para cantar el domingo por la noche la *Carmen*, la hiciéramos nosotros en castellano. Aceptamos por ser de nuestro repertorio, pero faltaba una tiple y yo fui el encargado de madrugar, ir á Barcelona y traer á Celia Rius en el tren de las doce. Diéronme señas, instrucciones y dinero, y salí orgulloso de cumplir aquel encargo.

Vivía esta señorita con su papá, el conocido director de orquesta, en el paseo de Gracia, número

no sé cuántos. Llegué al tal número, pregunté y me dijeron que no la conocían. Subí á todos los pisos y tampoco. Hice lo mismo en varias casas, por si me había olvidado del número, y tampoco.

Por fin me sacaron de dudas diciéndome que aquel paseo tenía dos numeraciones, una que pertenecía á la capital y otra al pueblo de Gracia.

Por fin dí con ella, la contraté para el indicado *bolo*, salió en un coche hacia la estación, y yo me quedé almorzando en un figón. Después de comer y pagar, salí andando de prisa porque se hacía





tarde, y efectivamente: al llegar yo cerraban las puertas de entrada á la dichosa estacioncita, sin haber partido el tren. Golpeé con furia, chillé como un loco y nada. Dí una vuelta al edificio con la idea de saltar al interior y ¡todo inútil! Total: que se fué el tren sin mí. Era el último de los que pasaban por Sabadell y no tuve más recurso que esperar á que saliera otro, el que me dejó á cuatro leguas de mi destino y con dos horas de tiempo para llegar á punto de trabajar en el primer acto de *Las dos huérfanas*.

En el sitio donde el tren me dejó, no había ni coche, ni bestias, ni aun personas, y me decidí por echar á correr vía adelante.

Por fin entré en el teatro de los Campos, cayendo al suelo en el cuarto del señor Miquel, mi director, jadeante y sudando la gota gorda, al mismo tiempo que bajaba el telón del primer acto, único en que trabajaba aquella tarde. Siento no recordar el nombre del corista que hizo de *Marqués* por mí, para darle desde aquí las gracias. Y ¡mira lo que son las cosas! Hoy como mucho mejor



que entonces y no podría correr cuatro kilómetros. ¿Será porque tengo doce primaveras más? Si es por los años y sigo así, me temo que á los 90 ó 95 no voy á poder trabajar en las cuatro secciones.

Otra vez, en Valladolid, actuando en Zorrilla, al concluir la función de tarde, llegó mi amigo, el hoy comandante de caballería don Adolfo Moduit, y cenó conmigo. Esto ni es nuevo ni tiene nada de particular, porque supongo me creerás capaz de cenar todas las noches.

Lo que tiene de curioso el caso es que, efecto de encender todas las velas que me daban para el cuarto, durante *el banquete* (las velas eran dos, y digo banquete, porque hubo cinco platos fuertes— que pagó Adolfo), se gastaron antes de tiempo y en la tercera sección me quedé á obscuras apenas hecha mi primer salida.

Pedí una vela al encargado; éste consultó con el representante, que á su vez se lo diría á Miñón y todos acordaron no dármela. Yo, como necesitaba luz para pintarme, fui á mi casa por un quinqué, pero ¡oh fatalidad! ví la cama y el sueño me



venció. Dormí caracterizado y todo. Desde entonces procuro, como aquel día, vivir cerca del teatro en que actúo, por... si no hay velas.

Hace unos cinco años me dijo mi actual compañero Manuel Sánchez que tenía en su casa recogida a una familia desgraciada, por varias razones; entre otras, por estar impedido el cabeza de familia, tener varios hijos y no poder darles de comer. Yo, de acuerdo con mi mujer *¡rara avis!* me traje al mayor, que se llama Bautista (si vive), con intención de tenerlo siempre a mi lado.

El chico era muy listo y tan travieso como yo a su edad; yo le tomé gran cariño, tanto, que siempre lo llevaba en mi compañía y hasta consiguió que comprara herramientas de carpintero y que me marchara a casa en los ratos libres a hacerle juguetes. Estando una tarde construyendo un coche, me arranqué media uña con su correspondiente pedazo de carne, y bajé a una botica que estaba en mi misma casa, donde habitaba desde hacía dos años. Me hizo varias preguntas el farmacéutico y, por último, me dijo que si mi oficio era carpintero. ¿Querrás creer que me dolió más esta pregunta, que el haberme herido? ¿Que por qué? Pues porque yo me creía popular y resultó que ni en mi casa era conocido. Pero me vengué pensando al subir mis ciento y pico de escalones, que muy poca había de ser la venta de aquella



desdichada farmacia, cuando no había distraído el dueño ni veinte y cinco céntimos para conocer el teatro más importante y más cerca de su casa, ni una sola función en cuatro años...

Me parece que sin querer he resultado *latoso*. En cambio, si falta gracia en todo lo anterior, por lo menos es verdad lo que cuento; hechos que aunque insignificantes, descubren algo de mi modo de ser. Te quiere

JOSÉ ONTIVEROS.»

\* \* \*

Estas son algunas de sus cosas. Al enviármelas adviérteme mi amigo su pensamiento de publicar, dentro de poco, un libro donde vayan todas. Es una excelente idea. La obra será interesantísima, digna de leerse; porque el estudioso artista, el notable creador de tipos de una realidad cómica pasmosa, tiene más admiradores en la corte que la forma republicana, que es cuanto hay que decir.

MANUEL CARRETERO

(Fots. de Cao Durán y Amador.)



# BATIBURRILLO

En el número 136 pusimos, por equivocación, que el asilo á cuyo beneficio se ha verificado la Exposición y Concurso de muñecas, estaba establecido en Madrid, siendo así que presta sus beneficios en Barcelona, calle de Moncada, 19, principal.

\* \*

El pobre Calino, que es muy miope, tropezó contra un árbol en la calle de la Independencia, y creyendo que era un transeunte empezó á darle excusas.

—¿Qué estás haciendo, hombre?— le dice un amigo que pasaba.

Calino reconoce su error y sigue la calle arriba.

Treinta pasos más allá tropieza con un guardia municipal.

Calino le sacude un puntapié diciendo:

—¡Caramba! en todas partes hay árboles que estorban.

\* \*

## PASATIEMPOS

### FRASE HECHA



\* \*

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

AL CUADRADO: 7 0 5

2 4 6

3 8 1

FRASE HECHA: Salirse de sus casillas.

## CORRESPONDENCIA

J. J. L. — Torrijos. — Vengo contestando á usted á todas las suyas y alentándole para que estudie y lea mucho aunque produzca poco, seguro de que ese es el camino mejor para llegar.

J. Grau. — Creó que necesita usted todavía practicarse algo en el dibujo para que puedan ser publicados sus envíos, que de todos modos agradezco.

Aureliano L. H. — Quedaría aceptado, pero ¡ay! que no sabría cuando publicarlo. ¡Tenemos tantos artículos!

Persea.

Digo á usted exactamente lo que al señor precedente.

S. R. y E. E. — Sabadell. — ¡Es tan difícil hacer buenos cantares y que tengan un poquito de novedad!

R. H. M. — Pienso de las amorosas y de las hojas de álbum, lo mismito que de los cantares.

Floro Flores. — ¿Qué he de decir al ¡Adiós!... que me envía?... Páselo bien y recuerdos á la encantadora morisca, como usted la llama. ¡Ah! Y no se escribe *valensiana*, sino simple y llanamente *valenciana*.

L. F. — Mil gracias por sus ofrecimientos, pero nos es imposible aceptarlos.

E. T. — Sí, señor; sería aprovechable y lo aprovecharía con gusto. Pero tengo tanto original en cartera! De todos modos se le procurará un huequecito.

F. R. — No está mal, no señor, su articulito; pero es algo manoseado lo de los poetas que tienen que volverse á su casa después de creer que se iban á inmortalizar.

F. L. y F. B. — Después de estar cavilando *la mar* de noches como podría servir á ustedes y á su recomendado, veo que no hay modo. La pintura y el escrito sólo pueden pasar como una precocidad simultánea, pero, desengañense ustedes; al público le tiene sin cuidado que sea lo primero ó lo último que hace su autor, con tal de que le agrade. Yo creí, al leer su primera carta, que se trataba de otra cosa.

Alicia Acebal. — Puede enviar otras cosas desde luego firmadas.

S. D. G. — Lo tengo observado y me ha fallado pocas veces. A *Los primeros sueños* y á *Tus ojos*, se les hace siempre versos impublicables.

Sertorio. — Es lástima que sean tan extensos, porque son bonitos y están inspirados.

F. Giró, impresor. — Calle Valencia, 233, Barcelona.